

UN TERREMOTO SILENCIOSO. SEQUÍA Y CRISIS SOCIAL EN EL CAMPO CHILENO, 1967-1969¹

Nicolás López Cvitanic

*«Cuando miro las laderas
las miro de norte a sur
veo los cerros azul
muy triste la cordillera.
Los ríos por su ribera
ya no reciben corriente
los rayos del sol ardiente
quemán con gran caloría
así veo día a día
secándose las vertientes.»²*

Introducción

El jueves 27 de junio de 1968, veinticinco trabajadores del fundo La Puerta de Santa Cruz recogieron algunas zarzamoras y un par de trozos de madera del suelo. Con ellos, bloquearon la puerta de entrada al fundo, que se dedicaba a la ganadería ovina, y se dispusieron a colgar una serie de lienzos alusivos al pago de sus jornales. A continuación, izaron una bandera chilena que era posible ver desde fuera del predio³. En efecto, se trataba de una toma. Era una ocupación de terreno ilegal, como medio

¹ Este artículo fue desarrollado en el Seminario de Licenciatura del Instituto de Historia UC, *La historia como relato. Contar historias, reconstruir eventos*, de los profesores Bárbara Silva y Pablo Whipple.

² José Vargas Caroca, «La sequía», *El Cóndor*, Santa Cruz, 6 de noviembre de 1968, 3.

³ «Obreros del fundo La Puerta se tomaron el predio», en *El Cóndor*, Santa Cruz, 29 de junio de 1968, 8.

de protesta para visibilizar un problema: la deuda del empleador con sus trabajadores.

El propietario del fundo, Hernán Cornejo, no se encontraba en la ciudad al momento de la toma. De todas formas, la información llegó hasta los medios de comunicación. La prensa local señalaba que la toma obedecía a la deuda impaga de salarios a los campesinos, la cual registraba más de un mes de atraso. Fue en este contexto que amigos personales de Cornejo –también latifundistas– ofrecieron a los trabajadores la suma de 6.000 escudos para terminar con el conflicto. Por su parte, estos declararon que solo acabarían con la huelga una vez que negociasen con el mismísimo Cornejo, ya que cualquier solución con otra persona no les aseguraba que no fuesen despedidos⁴.

Ante la negativa de los campesinos, los hacendados escribieron una columna de opinión en el periódico local, justificando el no pago de los jornales por parte de Cornejo: «¿La sequía, el exceso de tributos, la restricción de créditos, el alto precio de la maquinaria agrícola y lo caro de los repuestos no colocan a cualquier fundo en condiciones de llegar a una situación conflictiva?»⁵.

Estos problemas no eran exclusivos del fundo La Puerta. Cuando se les preguntó a tres testigos de la época sobre las condiciones en el campo chileno hacia fines de la década de 1960, todos ellos –la señora Celia, la señora Alejandra y el señor Francisco– coincidieron en que se trataba de una situación conflictiva⁶.

Actualmente, la señora Celia tiene 75 años. Vivió su infancia en Malloa, un pueblo ubicado a 130 kilómetros al sur de Santiago de Chile. Debido a la precaria situación económica de la familia, tempranamente migró a la capital en búsqueda de mejores opciones laborales. Hacia finales del gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-70) ya se desempeñaba como empleada doméstica de la acomodada familia Zegers. A pesar de eso, nunca cortó los vínculos con el campo, ya que sus padres y cinco de sus seis hermanos seguían viviendo en Malloa⁷.

⁴ «Buscan solución a conflicto de Hda. La Puerta», en *El Cóndor*, Santa Cruz, 3 de julio de 1968, 7.

⁵ «La toma del fundo La Puerta», *El Cóndor*, Santa Cruz, 6 de julio de 1968, 3.

⁶ Entrevista a Celia Castro, 12 de junio de 2016, Santiago; entrevista a Alejandra Cifuentes, 18 de junio de 2016, Santiago; y entrevista a Francisco Riveros, 18 de junio de 2016, Santiago.

⁷ Entrevista a Celia Castro, *op. cit.*

En tanto, la señora Alejandra cumplió 18 años en 1970. Una vez que egresó de cuarto medio, inició sus estudios superiores en la Escuela Normal José Abelardo Núñez para convertirse en profesora de educación básica. Hasta 1972 vivió «sin grandes lujos» con su madre y sus hermanos en la comuna de Providencia. Dicho año, contrajo matrimonio y vivió de allegada con su esposo en casa de unos familiares, hasta que en 1973 su padre le arrendó un departamento frente al parque Forestal, en el centro de la capital⁸.

El señor Francisco, de 68 años, es músico profesional. En su juventud, trabajó en la industria alimenticia, lo que le permitió ahorrar y, con ello, alcanzar una buena situación económica. A pesar de ello, en 1969 migró de Santiago a Coyhaique por una oferta de trabajo más favorable. Al año siguiente, integró el conjunto musical *Los Lazos*, el cual ganaría el primer lugar en la competencia folclórica del Festival de Viña del Mar de 1972⁹.

Como se observa, los entrevistados representan tres sectores distintos de la sociedad urbana del periodo¹⁰: una empleada doméstica que recientemente había migrado del campo a la ciudad, una joven estudiante normalista y un músico de buena situación económica. Sin embargo, todos coinciden en algo: cómo era la situación en el agro vista desde la ciudad. Cuando se le preguntó a la señora Celia sobre sus recuerdos del campo chileno hacia fines de los sesenta, ella contestó que la «situación estaba poniéndose ya conflictiva, por la reforma agraria»¹¹. Por otro lado, la señora Alejandra, que no tuvo mayores vínculos con el campo, señaló: «algo recuerdo acerca de la reforma agraria... estaban luchando por las tierras... pero para qué mentir, no recuerdo mucho»¹². El señor Francisco, en tanto, indicó que «en la reforma agraria usufructuaron parcelas, tierras, en el sur del país. Es un mal recuerdo, porque eran tierras robadas»¹³.

Aun cuando sea una muestra poco representativa y se trate de solo tres experiencias, a partir de los entrevistados es posible establecer un elemento común como punto de partida para nuestro análisis. En este

⁸ Entrevista a Alejandra Cifuentes, *op. cit.*

⁹ Entrevista a Francisco Riveros, *op. cit.*

¹⁰ A excepción de la señora Alejandra, los otros entrevistados sí tuvieron vínculos con el campo: tanto la señora Celia como el señor Francisco vivieron en sectores rurales en las décadas de 1960 y 1970. Sin embargo, todos residían en Santiago en 1968 y 1969, años en los que se centra esta investigación.

¹¹ Entrevista a Celia Castro, *op. cit.*

¹² Entrevista a Alejandra Cifuentes, *op. cit.*

¹³ Entrevista a Francisco Riveros, *op. cit.*

sentido, los tres tienen la percepción de una situación conflictiva en el campo chileno hacia finales del gobierno de Frei Montalva y la atribuyen de manera indiscutida a la reforma agraria del periodo. Celia, Alejandra y Francisco responden sabiendo lo que ocurriría con posterioridad: la radicalización y la violencia que se vivieron con las expropiaciones de tierra en las décadas de los sesenta y los setenta en Chile.

La experiencia de individuos y comunidades modela los recuerdos que estos y estas tienen respecto a su pasado. En palabras de Paul Ricoeur, «no tenemos nada mejor que la memoria para significar que algo tuvo lugar, sucedió, ocurrió»¹⁴. Cuando recordamos, lo más relevante del pasado pareciera oscurecer el resto de los acontecimientos. Así, lo que consideramos más esencial de lo vivido configura el pasado, presente y futuro de personas y colectivos. Como señala Joan W. Scott, «no son los individuos los que tienen experiencia, sino que son los sujetos los que se constituyen a través de la experiencia»¹⁵. De esta forma, la experiencia de nuestros entrevistados modeló la forma en cómo entienden su propio pasado, entregándole mayor relevancia a lo que les hace más sentido del periodo en cuestión: la reforma agraria.

Más allá del conflicto de redistribución de tierras, y a pesar de su protagonismo en las memorias individuales y colectivas de quienes vivieron en la época, lo cierto es que en el campo chileno se gestaba la idea de una «crisis» más amplia, que no se explicaba exclusivamente por la reforma agraria. Otros elementos contribuyeron a la conformación de dicha crisis. Como bien esgrimían los amigos del señor Cornejo, entre esos factores destacó la sequía que afectó a la zona central de Chile durante el año 1968 y parte de 1969.

Una sequía obedece a condiciones climáticas específicas. Especialistas en el tema entienden la sequía como un periodo de tiempo anormalmente seco, prolongado y que genera desbalances hídricos en las zonas afectadas¹⁶. A pesar de ello, para efectos de esta investigación, entenderemos la sequía en función de la dimensión humana que posee. En otras palabras,

¹⁴ Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Trotta, 2003, 41.

¹⁵ Joan Scott, «La experiencia como prueba», en Neus Carbonell y Meri Torras (eds.), *Feminismos literarios*, Madrid, Arco, 1999, 88.

¹⁶ Guillermo Espinoza y Ernst Hajek, «Riesgos climáticos: Evidencias en Chile central», *Ecología del Paisaje en Chile Central, estudios sobre sus espacios montañosos*, Santiago, UC, 1988, 41; Bonifacio Fernández, «Identificación y caracterización de sequías hidrológicas en Chile central», *Ingeniería del agua*, 4, diciembre 1997, 37.

nos centraremos en cómo la sequía de 1968-1969 afectó a la sociedad del periodo, entendiendo que «la sequía hidrológica siempre tiene una historia social»¹⁷.

El componente humano de una sequía es fundamental por dos motivos. En primer lugar, esta se constituye como sequía propiamente tal cuando afecta a individuos y comunidades. No se trata solo de un desastre natural: el carácter humano de una sequía se manifiesta, lógicamente, en las comunidades que las habitan. Son estas comunidades las que sufren sus efectos. En segundo lugar, la acción de los seres humanos incide en la agudización de los problemas causados por una sequía. Por ejemplo, devastadoras sequías ocurridas en el siglo XIX en diferentes lugares del planeta, como China, India o Brasil, se vieron condicionadas, en forma decisiva, por la escasa inversión estatal en almacenaje de agua, los cambios en los sistemas de riego tradicionales y la degradación del paisaje¹⁸.

Ahora bien, la sequía que afectó a la zona central chilena durante 1968 y 1969 ha sido escasamente estudiada por la historiografía como un factor relevante en los procesos sociopolíticos del país¹⁹. Se ha insistido bastante en que, durante la década de los sesenta en Chile, se verificó una creciente polarización entre los sectores políticos²⁰. Los análisis his-

¹⁷ Mike Davis, *Los Holocaustos de la Era Victoriana Tardía. El Niño, las hambrunas y la formación del Tercer Mundo*, Valencia, PUV, 2006, 30.

¹⁸ *Ibid.*, 30-31.

¹⁹ Dentro de la bibliografía analizada, solo Gazmuri menciona la relevancia de la sequía de 1968 en la desestabilización del gobierno de Frei Montalva: «El año 1968 fue uno de los más secos del siglo en Chile. Este fenómeno, que Frei calificó de ‘terremoto silencioso’, causó un grave daño a la agricultura, poniendo más tensión en un mundo ya conmovido por la reforma agraria». Cristián Gazmuri et. al., *Eduardo Frei Montalva (1911-1982)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, 93.

²⁰ Hacia fines de la década de 1960, el espectro político chileno estaba articulado, a grandes rasgos, en tres fuerzas identificadas con la derecha, el centro y la izquierda. En la derecha, los partidos tradicionales de la política chilena, el Liberal y el Conservador, se habían fusionado en el Partido Nacional en 1966. Sin embargo, ese mismo año se creó el Movimiento Gremial (MG), el cual se conformaba como una «vanguardia» de jóvenes, nacida a partir del desencanto en la política partidaria, y que promovía ideas cercanas al corporativismo de derecha. Por otra parte, el Partido Radical (PR), que había ocupado el centro político durante las décadas anteriores, tuvo un significativo desplazamiento a la derecha, al tiempo que disminuyó su peso en la política nacional. A diferencia de los radicales, la Democracia Cristiana (DC), fundada en 1957, se constituyó como un centro mucho más ideológico que pragmático, y aumentó

toriográficos han centrado la atención de dicha polarización en factores políticos, dentro de los cuales la Democracia Cristiana (DC) adquiere un rol relevante. Según Tomás Moulian, durante el periodo en que la DC se hizo cargo del gobierno (1964-1970), se observaron pugnas al interior del partido oficialista. En parte, ello se puede explicar a partir de dos visiones contrapuestas en la DC: el llamado al cambio radical del sistema capitalista y la articulación de una nueva sociedad, por un lado, y el carácter reformista que debía tener su gobierno, por el otro. Es decir, se trataba de la tensión entre revolución y reforma.

A su vez, las medidas de la DC provocaron el malestar de la izquierda chilena, pues mediante los programas de promoción popular y sindicalización campesina, el centro político le estaba arrebatando su base de apoyo: los sectores populares. Asimismo, el apoyo de significativos grupos de derecha para la elección de Frei en 1964 no se tradujo en lo que estos esperaban. La aplicación de la reforma agraria y la expropiación de tierras a los grandes latifundistas del país significaron el distanciamiento entre la DC y una derecha que se sentía traicionada. Por todo ello, Moulian esgrime que, a fines de los sesenta, el centro político condujo tanto a la derecha como a la izquierda a los extremos del espectro político, contribuyendo con la idea de una polarización y la conformación de un escenario tendiente a los tres tercios, cada vez más distantes entre sí.

La tensión política también se podía observar en la sociedad del periodo. Cada sector trató de apropiarse de un discurso único de entender el mundo, que se distanciaba radicalmente de los otros. Esa autenticidad programática se inserta en un fenómeno latinoamericano común, particularmente visible después de la Revolución Cubana. Como sostiene Isabel Torres, «la segunda mitad de la década de los años 1960 estuvo

su importancia en el escenario político nacional en un breve lapso temporal, lo que le ayudó a llegar a la Presidencia de la República en 1964. Finalmente, la izquierda estaba articulada en torno al Frente de Acción Popular (FRAP), que en 1969 pasaría a denominarse Unidad Popular (UP). Antes de dicha transformación, el FRAP estaba compuesto por el Partido Comunista (PC), el Partido Socialista (PS) y el Partido Social Demócrata (PSD), aunque desde su fundación en 1957 diversos movimientos y partidos habían entrado y salido de la coalición. A su vez, en 1969 los sectores de la DC más cercanos a la izquierda pasaron a conformar el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), que ese mismo año se incorporaría a la UP. Finalmente, dentro de la extrema izquierda pero fuera de la organización partidaria, encontramos al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), creado en 1965, que se desempeñó como una guerrilla paramilitar, con gran atractivo para los jóvenes chilenos.

marcada por la convicción de amplios sectores políticos que había llegado el momento de llevar adelante transformaciones sociales profundas, procesos revolucionarios que harían entrar a América Latina en una nueva época»²¹. A su vez, la respuesta del gobierno de Estados Unidos se tradujo en apoyos económicos y militares, cargados de un fuerte componente ideológico, dirigidos a los sectores anticomunistas de la región. Se buscaba modernizar la economía y la sociedad con medidas que evitasen la propagación del marxismo en Latinoamérica, lo que se cristalizó en el programa Alianza para el Progreso (1962). Dentro de sus disposiciones destacaba la reforma agraria como mecanismo de modernización del campo latinoamericano. Eventualmente, la reforma agraria evitaría la propagación del marxismo al interior del campesinado de la región, teniendo en consideración sus demandas de redistribución de tierras en sistemas agrarios profundamente desiguales y que casi no experimentaban transformaciones desde el periodo colonial.

Por lo tanto, si al enfrentamiento entre capitalismo y comunismo le sumamos la aparición de un centro alternativo, como lo era la DC, la sociedad chilena quedó atrapada entre tres cosmovisiones de mundo distanciadas entre sí. Ese distanciamiento también provocó enfrentamientos. Ya hemos señalado que en el campo los grupos tradicionales de la derecha chilena quedaron profundamente afectados después de la expropiación de tierras. Y es que, con la reforma agraria, no solo se perdían tierras, sino también un determinado estilo de vida y una forma de concebir el mundo. Esta pérdida contribuyó a la conformación en el imaginario de la época de una sensación de crisis.

La supuesta crisis del campo chileno en los últimos años del gobierno de Frei Montalva –que, por cierto, se extendería a los años setenta– se ha vinculado con la violencia rural reflejada en las fuentes del periodo, ya fuera en la memoria individual y colectiva, o en los artículos de prensa. Si bien dicha crisis responde, en parte, al proceso de reforma agraria, la sequía de 1968-1969 abre un nuevo camino para entender los conflictos en el campo chileno de ese entonces. Este artículo propone que la sequía de 1968-1969 contribuyó a una radicalización de las posiciones políticas y sociales de los distintos actores en el campo chileno hacia fines de la década de los sesenta. El grado de radicalidad de los enfrentamientos por

²¹ Isabel Torres, *La crisis del sistema democrático: las elecciones presidenciales y los proyectos políticos excluyentes, Chile 1958-1970*, Santiago, Centro de Investigaciones Barros Arana, 2014, 251.

tierras entre antiguos y nuevos propietarios estuvo determinado por las condiciones materiales que cada uno de ellos poseía. Una de las consecuencias de la sequía fue la disminución de la producción agrícola, lo que significaba desempleo, pobreza, hambre y conflicto. Este contexto de caos fue un «caldo de cultivo» para la proliferación de discursos contestatarios, que tendían al enfrentamiento, por parte de hacendados y campesinos.

De acuerdo a este planteamiento, la investigación se ha organizado en tres secciones, en las que se analiza el rol sociopolítico de la sequía a través de un caso geográfico particular: el valle de Colchagua. La primera sección corresponde a la revisión de la sequía, a partir de su componente humano, y los efectos que esta tuvo. La segunda parte ilustra las consecuencias de la sequía de 1968-1969 en la producción vinícola y en la identidad colchaguina. Finalmente, la tercera sección analiza la sequía en relación con la construcción de una idea de «crisis», la cual supuestamente se estaba viviendo en el campo chileno de los sesenta.

A lo largo del artículo se utilizará prensa regional del periodo, información estadística referida a la producción agropecuaria, y bibliografía contextual respecto al Chile de los sesenta, a la reforma agraria y a Colchagua como espacio geográfico. Por otro lado, el soporte analítico de la presente investigación se articula en torno a dos ejes: la historia medioambiental y las relaciones entre sociedad y naturaleza, y la noción de «crisis» generada por la experiencia y la memoria de los chilenos.

Una sequía hidrológica y social

A fines de 1967, la zona central de Chile experimentaba uno de los problemas recurrentes en primavera y verano de cada año: la baja presión de agua potable en las cañerías²². Recordando experiencias previas, una de las soluciones que se planteó en Rancagua fue la asignación de horarios para que ciertos sectores de la ciudad pudiesen consumir agua potable en el día²³. A la escasez de agua se sumaba un creciente calor a lo largo de los días y las noches de ese verano, pero ello no era preocupante, en tanto se entendía como un problema habitual de todos los años.

²² «Agüita», *El Rancagüino*, Rancagua, 3 de noviembre de 1967, 13.

²³ «Agua potable con horario tendremos; Así lo aconsejan», *El Rancagüino*, Rancagua, 13 de noviembre de 1967, 13.

Esta condición es parte de las características climáticas del lugar. La región de O'Higgins se sitúa en la zona central de Chile. La capital regional, Rancagua, se encuentra a 84 kilómetros al sur de Santiago, el centro administrativo del país. El área que estudiaremos corresponde a la depresión intermedia, es decir, el valle situado entre la cordillera de los Andes y la cordillera de la Costa. Su clima es templado con estación seca prolongada y en el periodo invernal se observa un aumento de las precipitaciones. Su temperatura media oscila entre los 12 y 15°C²⁴. Los ríos Cachapoal, Claro y Tinguirica atraviesan la región, lo que constituye la base del riego de sus suelos agrícolas²⁵.

A pesar de ello, la escasa disponibilidad de recursos hídricos ha sido constante en el valle central chileno. Los datos indican que, desde 1540 hasta la actualidad, el 23% de los años han sido secos o muy secos²⁶. Sin embargo, esto no significa que desde entonces se viva una eterna sequía en Chile. Mike Davis señala que una sequía es el enfrentamiento entre la «variabilidad natural de las precipitaciones y las defensas hidráulicas de los agricultores»²⁷. Como ya hemos señalado, el componente humano es fundamental en una sequía: la baja cantidad de agua caída debe afectar directamente a los agricultores. Una sequía no se trata solo de cuánto llueve (o, en este caso, de cuánto *no* llueve), sino que también involucra a las personas afectadas por la falta de agua.

Antes del siglo XVII, la escasa población chilena podía abastecerse sin problemas desde los cursos de agua que drenan desde la Cordillera de los Andes²⁸. De esta forma, aunque existiese un déficit de lluvias, no existía un impacto sobre la población, por lo que, según nuestra definición, no existía sequía alguna. Fue en el siglo XVII cuando el panorama cambió. La disminución de la masa ganadera en Perú obligó a la importación de sebo desde el Reino de Chile, por lo que los ingresos económicos de este aumentaron. Con ello, se incrementó también la masa ganadera en territorio chileno, lo que significó una mayor demanda por pastos. El sistema de regadíos era ineficiente, y además se observó ausencia de lluvias, por lo que los pastos disminuyeron, lo que provocó un importante problema

²⁴ Ximena Toledo y Eduardo Zapater, *Geografía general y regional de Chile*, Santiago, Universitaria, 1989, 348.

²⁵ *Idem*.

²⁶ Espinoza y Hajek, *op. cit.*, 47.

²⁷ Davis, *op. cit.*, 30.

²⁸ Espinoza y Hajek, *op. cit.*, 47.

económico para los agricultores²⁹. El régimen de lluvias no varió sustancialmente; lo que ocurrió fue un cambio en la forma de producción económica, que significó una relación problemática entre el déficit de agua y los agricultores. Por esta razón, podemos decir que las sequías en Chile comenzaron desde el siglo XVII. No obstante, recién en el siglo XX y gracias a la instalación de estaciones meteorológicas, se ha podido cuantificar la presencia de dos sequías «extremas» en Chile: en 1924³⁰ y entre 1968 y 1969³¹.

Asignarle una temporalidad a la sequía resulta complejo. En parte, ello se debe a que no puede ser cabalmente analizada por sus contemporáneos, sino que debe hacerse en retrospectiva. En este sentido, fijar tanto un inicio como un término específico debe apuntar más hacia criterios establecidos según el caso de estudio que a una definición estricta y taxativa. Entendiendo que el concepto de sequía es inseparable de su cualidad humana, la temporalidad de la sequía obedece a la percepción social que se tenía en el periodo acerca de ella. Para el caso que estamos analizando, ¿cuándo se empezó a hablar de una sequía propiamente tal?

La escasez de agua y el calor ya se sentían desde fines de 1967. Además de la preocupación por la exigua presión de agua potable en Rancagua, en la ciudad de Santa Cruz, 77 kilómetros más al sur, se intentaban paliar los efectos de las altas temperaturas con la temprana apertura de la piscina municipal³². Sin embargo, la palabra «sequía» no aparecería hasta enero de 1968 en la prensa de Santa Cruz³³. Recién entonces se comenzó a dimensionar que la escasez de agua y el calor, elementos que la prensa del periodo relacionaba de manera directa, no eran algo pasajero

²⁹ *Idem.*

³⁰ Es curioso que esta sequía se inserte en un año especial para la historia chilena, que rompió con la institucionalidad sostenida desde el siglo anterior y fundó un nuevo sistema político. Si bien la Constitución es de 1925, el proceso se inicia en septiembre de 1924 con el denominado «Ruido de Sables». Se podría esbozar, para futuras investigaciones, que la sequía contribuyó también a la radicalización de los actores del periodo, lo que hipotéticamente habría desembocado en el inicio de una crisis administrativa en Chile.

³¹ Guillermo Espinoza, «El manejo de los desastres naturales: Conceptos y definiciones básicas aplicadas a Chile», *Medio ambiente y urbanización*, 30, 1990, 23.

³² «Mañana inauguran la piscina», *El Cóndor*, Santa Cruz, 23 de diciembre de 1967, 11.

³³ «Alarmante escasez de agua en Santa Cruz y Paniahue», *El Cóndor*, Santa Cruz, 6 de enero de 1968, 1.

y común como ocurría todos los años, sino que se trataba de un asunto más grave.

El primer día de 1968, los termómetros marcaron 35°C en Santiago, la temperatura más alta desde hacía 52 años³⁴. Sin embargo, el 22 de enero de 1968 la temperatura batió un nuevo récord, llegando a 35,2°C en la capital chilena³⁵. Junto con el calor, el inicio de la sequía en enero de 1968 fue de la mano con un aumento significativo de la cantidad de incendios que se registraron en la zona central de Chile. Además del fuego, los bomberos debían lidiar con la falta de agua, lo que provocó que muchas veces no tuviesen cómo apagar los incendios³⁶. En reiteradas ocasiones, estos afectaron residencias urbanas, como el caso de dos niños que murieron carbonizados al incendiarse su casa en Rancagua³⁷. No obstante, la mayor parte de los incendios eran forestales. En muchos casos, al tratarse de sectores aislados, eran los mismos campesinos quienes debían combatir el fuego. Así sucedió con el incendio que afectó a los fundos El Huaico y El Buche, en el valle de Colchagua, durante el verano de 1968. Hacendados, campesinos y empleados lucharon contra el fuego, que dejó cuantiosos daños en pastos, árboles, animales y viviendas del sector³⁸. En suma, aproximadamente 150 personas consiguieron apagar el fuego³⁹.

Conforme avanzaba el año, las precipitaciones no llegaban. Para poder establecer los déficits de agua caída es necesario observar series pluviométricas ininterrumpidas en diversas estaciones meteorológicas, con el fin de poder establecer cierta homogeneidad del régimen climático. Para el caso de la sequía de 1968-1969, esta se analizó a partir de la serie 1871-1970, recopilada por la Oficina Meteorológica de Chile⁴⁰. La tabla 1 muestra el déficit de agua que presentaba la zona afectada por la sequía. Si bien en algunos casos, como en La Serena, el déficit fue mayor en 1969 que en 1968, desde Valparaíso hacia el Sur el déficit fue mayor el primer año de la sequía. Rancagua presentó el segundo mayor déficit de agua en

³⁴ *El Rancagüino*, Rancagua, 2 de enero de 1968, 1.

³⁵ «Sequías, trasplantes de corazón, atentados y desórdenes en 1968», *El Rancagüino*, Rancagua, 31 de diciembre de 1968, 13.

³⁶ «2 incendios el miércoles», *El Cóndor*, Santa Cruz, 20 de enero de 1968, 5.

³⁷ «Sequías, trasplantes de corazón, atentados y desórdenes en 1968», *El Rancagüino*, Rancagua, 31 de diciembre de 1968, 15.

³⁸ «Incendio en El Huaico», *El Cóndor*, Santa Cruz, 3 de febrero de 1968, 8.

³⁹ «Agradecen a los que ayudaron en incendio de El Huaico», *El Cóndor*, Santa Cruz, 14 de febrero de 1968, 4.

⁴⁰ Orlando Peña y Hans Schneider, «Un aporte al estudio de la sequía en Chile», *Revista geográfica*, 83, diciembre 1975, 115.

1968 después de Copiapó, pero dadas las actividades económicas de cada región, ciertamente los estragos fueron mayores en la zona de O'Higgins, dada su tradición agrícola y ganadera.

Tabla 1⁴¹

Estación meteorológica	Precipitación normal (mm)	Precipitación 1968 (mm)	Déficit anual 1968	Precipitación 1969 (mm)	Déficit anual 1969
Copiapó	22,0	0,0	100%	21,3	3
La Serena	104,3	34,2	67%	9	91
Ovalle	125,8	36,6	71%	21,5	83
Valparaíso	380,5	89,0	77%	197,1	48
Santiago	329,8	62,2	78%	177,3	46
Rancagua	426,1	82,2	81%	242,6	43
Linares	940,9	527,1	44%	896,7	5
Chillán	1024,9	536,9	48%	1045,5	2

La sequía de 1968-1969 generó un impacto social amplio en la población chilena. Al momento de realizar los tradicionales recuentos anuales, el periódico *El Rancagüino* le dio especial énfasis a la sequía. Al recapitular el año de 1968, señaló: «El año que concluye no será fácilmente olvidado por los chilenos, especialmente por los efectos de la sequía –una de las mayores que registra el país en una centuria–, los que se proyectarán con toda crudeza en los próximos meses y aun años»⁴². Para la región de O'Higgins, 1968 estuvo marcado decisivamente por la sequía, la que incluso la prensa destacó como el principal evento del año.

Y es que los efectos de la sequía fueron diversos. A nivel nacional, uno de los más llamativos fue el que se inició el 2 de noviembre de 1968. Aquel día, los chilenos debieron adelantar los relojes 60 minutos. El presidente Frei Montalva justificaba la medida con la sequía y la necesidad de «restringir, en forma racional, los consumos de energía eléctrica»⁴³. Si

⁴¹ Basilio Espíldora, «Algunos antecedentes hidrológicos de la sequía en Chile», *Acta del Seminario Regional sobre Hidrología de Sequías*, Montevideo, UNESCO, 1972, 183.

⁴² «Sequías, trasplantes de corazón, atentados y desórdenes en 1968», *El Rancagüino*, Rancagua, 31 de diciembre de 1968, 12.

⁴³ «Adelanta la Hora Oficial en 60 minutos», *Diario Oficial*, Santiago, 2 de noviembre de 1968, 1.

bien esta no fue la primera vez que se implementaba un horario de verano en el territorio continental chileno⁴⁴, sí se trató de un cambio duradero en el tiempo. En efecto, la aplicación de un horario diferenciado entre invierno y verano se mantiene hasta la actualidad, aunque con suspensiones menores⁴⁵.

Si el cambio de horario fue una de las consecuencias de la sequía, otro de sus efectos fue la proliferación de insectos como cucarachas, baratas y zancudos. Si bien estos no significaron un gran problema para la población, de igual manera ocupaban espacios en los periódicos de la época⁴⁶. Por otra parte, uno de los efectos positivos que trajo la sequía fue el avance en la pavimentación del camino entre Mendoza y Santiago, a través del paso Los Libertadores, en gran parte gracias a la poca cantidad de nieve caída que permitió los trabajos⁴⁷.

Según la prensa del periodo, la sequía se vio en retirada a mediados de 1969. En mayo se indicaba que la cantidad anual de agua caída alcanzaba los 90 mm, lo que superaba en 50 mm a un año normal⁴⁸. En este sentido, los titulares eran bastante gráficos, como sucedió con el periódico *El Cóndor*, que señalaba que «la sequía se bate en retirada, pero deja atrás gran desastre»⁴⁹.

Justamente, los efectos de la sequía fueron catastróficos. Más allá de consecuencias como las plagas de insectos o el cambio de hora, fueron los agricultores quienes experimentaron con mayor fuerza el embate de la

⁴⁴ En 1946 ya se había establecido un horario de verano y de invierno; sin embargo, en 1947 la ley que lo disponía fue derogada. Ministerio del Interior de Chile, «Ley 8522: Fija la hora oficial para toda la República», *Biblioteca del Congreso Nacional de Chile*, 28 de agosto de 1946. Recuperado de <http://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=285254&idVersion=1946-08-28>.

⁴⁵ «Gobierno: el fin del cambio de hora es definitivo», *Cooperativa*, 31 de mayo de 2015. Recuperado de <http://www.cooperativa.cl/noticias/pais/energia/cambio-de-hora/gobierno-el-fin-del-cambio-de-hora-es-definitivo/2015-05-31/095947.html>. Sin embargo, no se trató de algo tan definitivo, ya que al año siguiente retornaría el horario diferenciado de verano e invierno en Chile continental.

⁴⁶ «Invasión de cucarachas y baratas», *El Rancagüino*, Rancagua, 2 de enero de 1968, 11, y «Empieza a llegar la época de zancudos», *El Cóndor*, Santa Cruz, 2 de diciembre de 1967, 3.

⁴⁷ «Un mes de agosto sin invierno tuvo Chile en 1968», *El Rancagüino*, Rancagua, 8 de enero de 1969, 8.

⁴⁸ «A 90 milímetros alcanza agua caída en Colchagua», *El Cóndor*, Santa Cruz, 3 de mayo de 1969, 5.

⁴⁹ «La sequía se bate en retirada, pero deja atrás gran desastre», *El Cóndor*, Santa Cruz, 3 de mayo de 1969, 9.

sequía. Dichos efectos no solo se sintieron mientras esta transcurría, sino que también varios años después.

Y es que tanto el caos agrícola como las diferentes consecuencias que hemos esbozado guardan relación con el carácter humano de la sequía. Como hemos revisado, esta no se trata solo de un desastre natural. El historiador Louis Warren plantea que el objeto de estudio de la historia medioambiental son las cambiantes y complejas relaciones entre personas y naturaleza⁵⁰. En este sentido, la historia medioambiental nos ofrece nuevas formas de pensar la naturaleza y la historia misma⁵¹. Como sostiene Christian Parenti, los cambios climáticos influyen en las crisis sociales, ya que muchas veces las producen y también las aceleran⁵². Se debe ser enfático en que, a pesar de lo anterior, no se trata de emplear un determinismo climático en la comprensión del pasado. No se debe entender que la situación en el campo chileno de fines de los sesenta obedeció únicamente a la sequía. Análogamente a cómo lo plantea Mark Carey en su obra sobre los glaciares del Perú, es necesario constatar que «las fuerzas medioambientales actuaron siempre en contextos humanos que fueron moldeados por diversas variables sociales, políticas, económicas, culturales y tecnológicas»⁵³.

La sequía de 1968-1969 no solo se tradujo en consecuencias medioambientales, sino que también afectó a los procesos sociopolíticos del periodo. Ello se debe a que el déficit de agua modificó la materialidad de sociedades que dependían de la agricultura: al disminuir la producción agrícola, se vio afectado el tejido social. Para desarrollar esta idea, utilizaremos como herramienta de análisis uno de los principales productos agrícolas del valle de Colchagua: el vino.

Identidad vinícola: tensión y transformación

La región de O'Higgins destaca por ser una zona eminentemente agrícola. Ello se debe a las óptimas condiciones tanto del clima como de

⁵⁰ Louis Warren (ed.), *American environmental history*, Malden, Blackwell, 2003, 1.

⁵¹ *Ibid.*, 2.

⁵² Christian Parenti, *Tropic of chaos*, Nueva York, Nation Books, 2011, 9.

⁵³ Mark Carey, *Glaciares, cambio climático y desastres naturales: ciencia y sociedad en el Perú*, Lima, IFEA, 2014, 22.

sus suelos, especialmente en la depresión intermedia⁵⁴: «en función de las excelentes condiciones ecológicas, la actividad agrícola ha desarrollado una gran expansión de la agroindustria, cuyos productos se comercializan en el mercado internacional»⁵⁵. Los frutales son el cultivo con mayor participación en el total de la producción agrícola del país, los que superan el 30%⁵⁶. Dentro de dichos productos destaca la uva, y con ella la industria vinícola que se ha instalado desde el siglo XIX⁵⁷. En la región de O'Higgins, una de las zonas con mayor tradición vinícola es el valle de Colchagua⁵⁸.

Colchagua y sus alrededores han concentrado los fundos de las familias más poderosas del país. Por esa razón, políticos y periodistas han denominado la provincia como «el riñón de la oligarquía». Allí, los campesinos han seguido históricamente a sus patrones en tendencias políticas, con lo que el sector ha destacado por ser un poderoso bastión de la oligarquía⁵⁹.

Los factores geográficos también han moldeado la identidad de Colchagua. Si bien históricamente la actividad agrícola ha configurado las identidades de la zona central chilena, en Colchagua ocurre un fenómeno particular. Ahí, la uva y el vino son parte esencial de su concepción de mundo. La identidad colchaguina no se entiende sin estos elementos. Las viñas abundan en la zona, lo que le otorga cierto carácter romántico a la actividad vinícola. Pero no se trata solo de la presencia de viñas, sino del espacio geográfico en su conjunto. «Presentados como datos, se suceden el clima, el relieve, la vegetación, la población, con el propósito de alcanzar, al final, una síntesis en virtud de la superposición cartográfica»⁶⁰. De esta manera, «el medio físico gana el estatus de una entidad independien-

⁵⁴ Toledo y Zapater, *op. cit.*, 349.

⁵⁵ *Idem.*

⁵⁶ Ana María Errázuriz (coord.), *Manual de geografía de Chile*, Santiago, Andrés Bello, 1987, 349.

⁵⁷ José del Pozo, *Historia del vino chileno. Desde 1850 hasta hoy*, Santiago, Editorial Universitaria, 1998.

⁵⁸ Colchagua es una de las tres provincias de la región de O'Higgins. Santa Cruz es una de sus comunas, de donde ha sido posible conseguir la mayor información posible del periodo gracias a la prensa local disponible.

⁵⁹ José Bengoa, *Historia social de la agricultura chilena. Tomo 2: Haciendas y campesinos*, Santiago, Chile Sur, 1990, 85.

⁶⁰ María Luisa Silveira, «Tiempo y espacio en geografía: dilemas y reflexiones», *Revista de Geografía Norte Grande*, 54, 2013, 14.

te, más o menos atemporal»⁶¹. Se trata de las viñas junto a un clima particular, un suelo particular y una población particular, los que le entregan su identidad a la zona de Colchagua. Así, perder esa producción vinícola no solo tiene efectos económicos, sino también sociales y culturales: el paisaje cambia, la forma de percibir el mundo se modifica y la armonía social se desestabiliza.

Efectivamente, la sequía afectó de forma especial a la región de O'Higgins. Ello se debió a la conjugación de dos elementos: la escasa presencia de precipitaciones, que revisamos en el apartado anterior, y los negativos efectos que tuvo la falta de agua sobre los agricultores. Si revisamos los datos, a primera vista el Producto Interno Bruto (PIB) total del país no se vio afectado. Incluso, en 1968, aumentó en un 3,6% con respecto al año anterior, y en 1969, en un 3,7%⁶². No obstante, al considerar el PIB referido al sector agropecuario-silvícola, efectivamente se registró un descenso de un 10,8% entre los años 1968 y 1969. Esto se volvía aún más significativo al considerar que dicho descenso ponía término a un crecimiento sostenido que se registraba desde el año 1963⁶³.

No debiese sorprender que la producción vinícola se viera drásticamente afectada por la sequía. El gráfico 1 indica el déficit ocurrido en 1969, que representó una caída del 22,4% de la producción en relación al año anterior. En la zona de Colchagua, la producción de uva cayó en un 80%⁶⁴. Es decir, la actividad económica por excelencia de la zona se vio dramáticamente reducida al mínimo. Las bodegas vinícolas disminuyeron sustantivamente la compra de uva. Producto de la sequía, la única uva que se podía encontrar en la zona era pequeña y de mala calidad. Enrique Ulloa, agricultor y presidente del Sindicato de Empleadores Agrícolas, señalaba a la prensa local que con la sequía no «solo se pierde la producción de este año, sino que la planta se ha dañado considerablemente, puesto que el brote o la guía ha disminuido en longitud, con lo cual no se podrá hacer una poda adecuada en la próxima temporada»⁶⁵. Con ello, la calidad del vino también se vio afectada. Si en años normales una uva prome-

⁶¹ *Idem.*

⁶² Banco Central de Chile, *Indicadores económicos y sociales de Chile 1960-2000*, Santiago, Banco Central, 2001, 19.

⁶³ *Ibid.*, 20-21.

⁶⁴ «La producción de uva ha bajado en un 80 por ciento», *El Cóndor*, Santa Cruz, 12 de marzo de 1968, 1.

⁶⁵ *Idem.*

dio entregaba de 12 a 13 grados de alcohol, con la sequía dicha cantidad descendió cerca de dos grados⁶⁶.

Gráfico 1⁶⁷



La sequía afectó la cantidad y la calidad de la uva y el vino de Colchagua de manera radical. Ello condujo a una apreciable disminución de los precios de venta de uvas y vinos, lo que significó menores ingresos para los viñateros y agricultores. Con la quiebra de viñedos, se suprimía la demanda por mano de obra, por lo que muchos fundos no fueron capaces de mantener a sus trabajadores y debieron realizar una drástica reducción de personal. En Palmilla, la viña Los Maquis contaba con 50 trabajadores, pero con la sequía dicho número descendió a 15⁶⁸. Si bien este es un caso particular, la sequía generó altos índices de cesantía. Solo en actividades agrícolas, se estima que las personas sin empleo alcanzaron las 225.000⁶⁹.

⁶⁶ «¡Estamos fritos! Ha bajado en grado y cantidad uva de zona de Colchagua», *El Cóndor*, Santa Cruz, 12 de abril de 1969, 1.

⁶⁷ José Díaz et. al., *La República en Cifras. Chile 1810-2010*, Santiago, Ediciones UC, 2016.

⁶⁸ «Tres años se necesitan para normalizar esta producción», *El Cóndor*, Santa Cruz, 6 de noviembre de 1968, 1.

⁶⁹ Espinoza y Hajek, *op. cit.*, 88. Lamentablemente, no ha sido posible encontrar índices relativos a la cesantía de la región de O'Higgins en el periodo estudiado.

Frente a esta situación, por ejemplo, una parte de los pequeños propietarios que antes participaba del negocio vinícola fue destinado a la construcción de obras públicas. Como pago, solo recibía alimentos por parte de *Alimentos para la Paz*, una organización humanitaria de carácter no gubernamental⁷⁰. Es necesario destacar la relevancia del proceso: se produjo una transformación de estos sujetos históricos, los que dejaron de ser agricultores para pasar a ser obreros (y sin remuneración formal). Por tanto, se generó un desapego importante por parte de estos con respecto al trabajo de la tierra, con lo que se modificó la forma misma de concebir el trabajo y el rol de estos hombres en una sociedad tradicional.

Si ello ocurrió, se debe a que la sequía afectó de manera transversal a la agricultura de la zona central de Chile. En 1968, Juan Flores vivía con su esposa y sus 14 hijos en La Aguada, un pueblo rural a 180 kilómetros al sur de Santiago. De sus hijos, solo dos trabajaban. No tenía propiedades y solo se dedicaba a la carbonería y siembra de trigo. Con la sequía, no pudo realizar barbecho ni sembrar. Ante la imposibilidad de producir trigo, debió vender una yunta de bueyes, lo que lo dejó solo con una pareja de caballos. Por otro lado, Manuel Figueroa Guerrero poseía un fundo de 603 cuadras en la región de O'Higgins, que se dedicaba a la siembra de trigo, carbonería y ganadería. Durante 1968 no pudo sembrar trigo, y de las 600 ovejas que tenía, 120 murieron⁷¹. Sin intención de generalizar a partir de estos dos casos, es posible verificar que tanto los pequeños como los grandes agricultores se vieron afectados por la sequía, la cual desencadenó una situación crítica en diversos productos, como el trigo. A la sequía se le sumaba el pulgón del trigo, que juntos producían pérdidas considerables en la cosecha del producto, cercanas al 40% en la provincia de Colchagua⁷².

La sequía afectó en duros términos a la región de O'Higgins. A la baja producción, los menores ingresos y los despidos, se sumaron las escasas medidas paliativas contra los efectos de la sequía por parte del Estado. En este sentido, las quejas por parte de la población rural al respecto eran recurrentes. Llama poderosamente la atención que, pese a ser una de las áreas más afectadas por la escasez de agua, Colchagua no fuese incluida

⁷⁰ «Por la sequía: obreros cesantes del depto. trabajan por alimentación; casos», *El Cóndor*, Santa Cruz, 24 de agosto de 1968, 1.

⁷¹ «Los pequeños agricultores son los más perjudicados», *El Cóndor*, Santa Cruz, 27 de julio de 1968, 1.

⁷² «Merms considerables en la cosecha del trigo», *El Cóndor*, Santa Cruz, 1 de diciembre de 1968, 1.

dentro del decreto de zona de calamidad por parte del Ministerio de Agricultura, lo que permitía ayudar económicamente a los agricultores afectados. Al respecto, la prensa de Santa Cruz señalaba, en duros términos, que sus habitantes habían sido «dejados de lado» por parte del gobierno⁷³.

La sensación de abandono por parte de la población colchaguina no era casual. A lo largo del siglo XX chileno, en especial en el periodo 1925-1973, fue posible observar un proceso de expansión estatal. Como señala Rodrigo Henríquez, «en casi cincuenta años, el Estado chileno tuvo una transformación inédita y amplió su presencia a prácticamente todos los ámbitos de la sociedad»⁷⁴. Durante ese periodo, destacó la creciente preocupación estatal por la protección social⁷⁵. El Estado debía velar por el bienestar económico y social de la población. Por ello, las expectativas de los habitantes de Colchagua se veían intensificadas por este proceso de expansión estatal. Y el Estado no fue capaz de cumplir dichas expectativas: la población quedó desprotegida ante los efectos negativos de la sequía, lo que dejó a la provincia con una sensación de abandono.

Ciertamente, en Chile, el impacto de problemáticas medioambientales en políticas gubernamentales a nivel global es más propio del siglo XXI que de la década de los sesenta. Si Parenti señala que, actualmente, el cambio climático está incipientemente expresándose en el mundo de la política, ello se debe a que recién en las últimas décadas se ha visibilizado su incidencia tanto en las crisis humanitarias como en el estallido de guerras civiles, con millones de desplazados alrededor del mundo⁷⁶. Las políticas tomadas por los países industrializados responden a coyunturas que se insertan en el auge de movimientos medioambientales desde las décadas de 1960 y 1970 en Europa y Estados Unidos⁷⁷.

Por todo esto, se entiende que el Estado chileno le haya otorgado escasa relevancia a la sequía, en tiempos en que el interés medioambiental recién proliferaba en países industrializados. Si bien los efectos devastadores de los desastres «naturales» eran comprendidos como graves por parte del Estado, este aún no asumía su rol al respecto. No concebía que

⁷³ El Ministerio de Agricultura declaró zona de calamidad pública a las provincias de Coquimbo, Valparaíso y Aconcagua. «Colchagua quedó fuera de la zona amagada por la sequía», *El Cóndor*, Santa Cruz, 29 de junio de 1968, 5.

⁷⁴ Rodrigo Henríquez, *En «Estado sólido». Políticas y politización en la construcción estatal. Chile 1920-1950*, Santiago, Ediciones UC, 2014, 11.

⁷⁵ *Ibid.*, 248.

⁷⁶ Parenti, *op. cit.*, 6.

⁷⁷ Warren, *op. cit.*, 2.

debía hacerse cargo de los desastres causados por la sequía. Las escasas medidas, como la ayuda económica a los agricultores perjudicados, eran paliativas y no solucionaban el problema de fondo: el país debía y debe estar preparado material, económica y humanamente para catástrofes «naturales»⁷⁸.

Con todo esto, es posible señalar que la situación en el campo de la región de O'Higgins empeoró con la sequía hacia fines de la década de 1960. Sin embargo, a continuación, revisaremos que la sequía no era el único factor que incidió en esta crisis del agro.

Las siete plagas de Colchagua

«Las siete plagas que se abatieron sobre Egipto durante el tiempo de los faraones, han caído sobre nosotros»⁷⁹. Así describía el jurista Mahadev Govinda Ranade la situación que se vivía en la India a fines del siglo XIX. En la década de 1870, cuando la India ya era oficialmente una colonia británica, las lluvias cesaron y se inició una serie de sequías, la cual se extendió hasta inicios del siglo XX⁸⁰. Los millones de muertos, la exigencia tributaria por parte de la metrópoli, la creciente hambruna, la desnutrición, las langostas que se comían las escasas cosechas y las enfermedades como el cólera provocaron el auge de movimientos milenaristas. De este modo, las agitaciones nacionalistas en contra de la presencia británica se vieron acompañadas de la extendida creencia, por parte de los campesinos, de que se acercaba el fin del mundo⁸¹.

⁷⁸ Es similar a una cierta conciencia sísmica que ha asumido el país. Entendiendo que no puede escapar a su carácter de «nación telúrica» por las condiciones geográficas, desde los gobiernos se han incentivado medidas preventivas como edificar infraestructuras que puedan soportar sismos o preparar planes de emergencia en la población. De esta forma, la idea de «nación telúrica» ya forma parte de la identidad chilena, y es ahondada en Alfredo Riquelme y Bárbara Silva, «Una identidad terremoteada. Chile en 1960», *Hib. Revista de Historia Iberoamericana*, 4, 2011.

⁷⁹ Davis, *op. cit.*, 135.

⁸⁰ Es posible datar la existencia de tres grandes sequías en los años 1876-79, 1889-1891 y 1896-1902. Estas sequías no se hicieron sentir solo en la India, sino que tuvieron incidencia en distintas partes del globo. Entre los lugares afectados se encuentran China, Corea, Sudáfrica, Egipto, Brasil, entre otros. *Ibid.*

⁸¹ *Ibid.*, 203-237.

Si bien no se trataba del fin del mundo, sí era el término de una determinada concepción de sociedad por parte de las comunidades indias. Con los tres periodos de sequía que se registraron en la India durante el último cuarto del siglo XIX, los campesinos debieron abandonar sus infértiles tierras, buscando de forma desesperada un trabajo asalariado para complementar su propia producción. Este proceso, descrito por Mike Davis como «semiproletarización», estableció la dependencia de la economía india al mercado mundial, empobreciendo las poblaciones locales y contribuyendo a la conformación de lo que se ha denominado el «Tercer Mundo»⁸². En el caso chileno, con la sequía, los agricultores de Colchagua debieron trabajar en la construcción de obras públicas, y también vivieron un proceso de «semiproletarización». Cuando ya no fue posible trabajar las tierras, los campesinos indios y chilenos debieron salir a buscar empleo como obreros no calificados, pauperizando sus condiciones de vida.

Con las sequías, los habitantes de la India morían de hambre. Morían por millones. La existencia de menos alimentos, los cuales eran destinados a las castas más ricas, a los colonos o a exportaciones, llevó a que los campesinos perdieran el sentido de autosuficiencia y ayuda comunitaria. En ese contexto, las relaciones sociales se tensionaron: mientras que las familias, recurriendo al canibalismo, mataban a algunos de sus miembros, porque no tenían qué comer, «cada casta intentaba salvarse a sí misma a expensas de los grupos que tenía por debajo»⁸³.

Ranade, el jurista citado previamente, hablaba de «las siete plagas» de la India para describir la crisis que se vivía en la colonia británica. De manera similar, Fernando Correa, agricultor y gerente de la Cooperativa Agrícola Colchagua, dijo, en nombre del organismo, que la fiebre aftosa era una «una calamidad agrícola que se suma a la sequía, el pulgón del trigo, las heladas y la descapitalización y la quiebra de los agricultores, y que solo se podría comparar a las siete plagas de Egipto»⁸⁴.

Si tanto en la India como en el campo chileno de los sesenta las sequías fueron sinónimos de crisis, se torna pertinente reflexionar sobre dicho término. Cristián Gazmuri enfrentó el problema de conceptualizarlo al analizar la crisis del Centenario en Chile y realizó una taxonomía de las

⁸² *Ibid.*, 235.

⁸³ Davis, *op. cit.*, 64.

⁸⁴ «Los agricultores y abasteros miden las consecuencias del cierre de ferias de animales», *El Cóndor*, Santa Cruz, 4 de diciembre de 1968, 1.

definiciones de crisis, a partir de la filosofía de la historia, la historiografía y las ciencias sociales⁸⁵. Más allá de las diferencias existentes entre las diversas visiones del concepto, para el autor una crisis es entendida, de manera amplia, como «una situación anómala, transitoria, [un] momento de cambios, [una] desintegración, [un] desequilibrio, pesimismo, [un] desafío»⁸⁶. Bajo esta misma línea, para Hilaire Belloc,

una crisis es por su naturaleza misma una presión; ella implica equilibrio inestable. En el ajuste de una crisis, en la recuperación de condiciones inmutables y aceptables está la resolución de esa presión. La presión es provocada por el equilibrio inestable entre las partes constitutivas y las circunstancias de cualquier índole que actúan sobre aquellas; el equilibrio inestable debe ser reducido otra vez a la estabilidad o de lo contrario seremos destruidos⁸⁷.

De esta forma, para que exista una crisis debe haber un factor de desequilibrio de un sistema. Aquí no interesa precisar si la sequía de 1968-1969 fue o no ese factor. Lo verdaderamente relevante es que una sequía constituye una crisis en tanto tensiona las relaciones sociales y amenaza con destruir su armonía, en especial si se trata de sociedades agrarias, en las que las cosechas significan un elemento esencial en su concepción de mundo.

En realidad, la sequía fue solo uno de los elementos que desestabilizaron el campo chileno de los sesenta. Ya se ha señalado anteriormente que el pulgón del trigo disminuyó las cosechas de dicho producto en O'Higgins. Además, se registraron diversas heladas en los años 1968 y 1969, que no hacían más que complicar la producción agrícola de la región⁸⁸. Otro importante problema que experimentó el campo chileno a fines de 1968 fue la epidemia de fiebre aftosa que afectó al ganado bovino, ovino, porcino y caprino en la zona central del país⁸⁹. Ciertamente,

⁸⁵ Cristián Gazmuri (ed.), *El Chile del Centenario. Los ensayistas de la crisis*, Santiago, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2001, 7-15.

⁸⁶ *Ibid.*, 15.

⁸⁷ Hilaire Belloc, *La crisis de la civilización*, Buenos Aires, Sudamericana, 1939, 17-18.

⁸⁸ «Última helada dejó la escoba en las viñas», *El Cóndor*, Santa Cruz, 2 de noviembre de 1968, 1.

⁸⁹ «Necesitan vender sus corderitos», *El Cóndor*, Santa Cruz, 7 de diciembre de 1968, 10.

la debilidad de los animales se debía también a la falta de pastos. Ello se explicaba, a su vez, por problemas en el regadío. De esta forma, si bien la conflictiva situación en el campo no se debía exclusivamente a la sequía, algunos de los factores se conectaban estrechamente con ella.

Lógicamente, una crisis conlleva un descontento por parte de los actores sociales involucrados. Los agricultores de Colchagua vieron disminuida la cantidad y calidad de la uva que producían debido a la sequía, lo que derivó en un alto porcentaje de cesantía en la zona. Sin embargo, los estragos sociales no se tradujeron solo en el desempleo. Recordemos la toma del fundo La Puerta: la sequía, por una parte, justificaba el no pago de los salarios a los trabajadores y, por la otra, de algún modo explicaba la violencia de los campesinos ante la desesperación. Producto de la incertidumbre por la subsistencia propia y familiar, las tomas de fundos proliferaron hacia finales del gobierno de Frei Montalva¹ y no hicieron más que crear un ambiente hostil en el campo chileno.

La relación entre campo y violencia no es exclusiva del Chile de los sesenta. El problema de la posesión de la tierra ha sido persistente en la historia latinoamericana desde la instalación de los latifundios durante la conquista ibérica. Sin embargo, recién en el siglo XX, a partir de la Revolución Mexicana, se ha visibilizado el tema agrario en la región. Desde entonces, diversos grupos, desde organizaciones estatales a guerrillas, han enarbolado diferentes banderas de lucha por la posesión de la tierra. En este sentido, la concentración agraria en pocas manos ha significado el aumento sustantivo de la violencia rural en la región².

La inequitativa distribución de la tierra ha sido uno de los factores que ha ayudado al aumento de la violencia y que ha impedido el progreso de los países. En 1962, ante la amenaza de la expansión del comunismo en Latinoamérica, EE.UU. patrocinó apoyos económicos con el fin de modernizar las economías y sociedades de la región, mediante el programa Alianza Para el Progreso. Dentro de sus medidas destacaba la reforma agraria. Bajo presiones de EE.UU. y los radicales, el presidente de Chile, Jorge Alessandri Rodríguez (1958-1964), dictó una ley de redistribución

¹ «Nuevamente vuelven las huelgas campesinas a Prov. de Colchagua», *El Cóndor*, Santa Cruz, 3 de abril de 1968, 5; «Otro fundo cae en manos de los campesinos: el Pailimo», *El Cóndor*, Santa Cruz, 4 de septiembre de 1968, 1; y «Cosas al revés: 406 patronos se tomaron el fundo 'Pailimo'», *El Cóndor*, Santa Cruz, 7 de septiembre de 1968, 1.

² Cristóbal Kay, «Estructura agraria y violencia rural en América Latina», *Sociologías*, 5:10, julio-diciembre 2003, 221.

de tierras en 1962. No obstante, las tierras fiscales distribuidas fueron escasas y la ley no tuvo mayor incidencia en la estructura agraria del país³. A pesar de ello, fue Alessandri el que creó el aparataje estatal de la reforma para el gobierno de la Democracia Cristiana (1964-1970) y, posteriormente, de la Unidad Popular (1970-1973).

Frei Montalva profundizó el proceso de reforma agraria haciendo un uso intensivo de la legislación existente. Durante su gobierno fueron expropiadas grandes extensiones de tierras, que no siempre estaban mal explotadas⁴. Luego de dos años de tramitación, en 1967 fue aprobada una nueva ley de reforma agraria, la que luego también sería empleada por el gobierno de Allende y la Unidad Popular (UP). El poder entregado al Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP) y a la Corporación de la Reforma Agraria (CORA) implicó que estas fueran las instituciones responsables de llevar a cabo las grandes expropiaciones⁵. A medida que pasaban los años de la administración Frei, la reforma agraria se intensificó. En efecto, si en 1965 se expropiaron 541.183 ha., en 1969 el número se elevó a 870.208 ha.⁶.

En las viñas, la reforma agraria tuvo un gran impacto. Según Heidi Tinsman, «los sindicatos se transformaron en el nexo más importante entre los trabajadores del mundo rural con lo que llegaría a ser el proceso de reforma agraria»⁷. Desde 1965 se produjo una masiva formación de sindicatos entre los trabajadores de las viñas⁸, lo que se profundizó en 1967 con la Ley de Sindicalización Campesina, que permitió articular y dinamizar la organización social campesina como método de reivindicación de sus derechos.

A pesar de los beneficios que significó la reforma agraria para los campesinos, el proceso generó resistencias. Recordemos a nuestros entrevistados, la señora Celia, el señor Francisco y la señora Alejandra, presentados al inicio de este artículo. Para los tres, el principal factor que explicaba la conflictividad en el campo era la reforma agraria. De esta

³ Joaquín Fernandois, *La Revolución Inconclusa. La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular*, Santiago, CEP, 2013, 147.

⁴ *Idem.*

⁵ *Ibid.*, 148.

⁶ María Antonieta Huerta, *Otro agro para Chile: historia de la reforma agraria en el proceso social y político*, Santiago, CISEC, 1989, 239.

⁷ Heidi Tinsman, *La tierra para el que la trabaja: género, sexualidad y movimientos campesinos en la reforma agraria chilena*, Santiago, LOM, 2009, 91.

⁸ Del Pozo, *op. cit.*, 183.

manera, la que buscaba ser la medida de superación de los problemas agrarios, terminó transformándose en, probablemente, la principal causa de los conflictos en el campo chileno. En este sentido, la reforma agraria tuvo un doble efecto: mientras que permitió que los campesinos se organizaran y consiguieran tierras, a la vez «creó un odio inextinguible en un sector numéricamente pequeño de propietarios expropiados o de muchos que se sintieron amenazados, y que también retumbó más allá del agro en quienes tenían alguna relación sentimental con el campo»⁹.

Ello se debe a que el programa de reforma agraria iba de la mano con la sindicalización campesina y, con ello, se empoderaba un sector social hasta entonces marginado de la escena nacional, como lo eran los campesinos. Tanto la reforma agraria como la sindicalización campesina, medidas que Moulian ha bautizado como «rupturistas»¹⁰, contribuyeron al creciente malestar de los latifundistas. Después de todo, no le estaban arrebatando solo las tierras, sino que también un sistema de vida y un status que se explicaba gracias a la posesión de la tierra y la vida en el campo. La identidad de las élites chilenas se basaba en la tierra y el prestigio de pertenecer a familias terratenientes¹¹. Sin las tierras, se perdía el honor aristocrático.

De esta manera, a raíz de la reforma agraria, el campo chileno de fines de los sesenta evidenció una tensión entre dos actores que parecieran ser polos opuestos: terratenientes y campesinos. Ciertamente, sería erróneo reducir el conflicto a dos actores irreconciliables entre sí, lo que no era tal en la práctica. Por ejemplo, existieron múltiples conflictos entre los mismos campesinos que escaparon a la supuesta dicotomía entre «expropiadores» y «expropiados»¹². Sin embargo, sí es cierto que hacia fines de los sesenta la tensión entre los campesinos y los terratenientes aumentó, debido a la reforma agraria y a la polarización política de la época. El clima de inestabilidad en el campo no vendría más que a profundizar el enfrentamiento.

⁹ Fermandois, *op. cit.*, 148.

¹⁰ Moulian, *op. cit.*, 222-223.

¹¹ María Rosaria Stabili, *El sentimiento aristocrático. Las elites chilenas frente al espejo (1860-1960)*, Santiago, Andrés Bello, 2003.

¹² «Arbitrajes en conflictos campesinos en Santa Cruz», *El Rancagüino*, Rancagua, 10 de noviembre de 1967, 16.

Consideraciones finales

Los amigos de Miguel Cornejo, el dueño del fundo La Puerta, tomado por 25 campesinos en junio de 1968, justificaban el no pago de los salarios por motivos que escapaban a la voluntad del dueño, como la sequía. Más aún, eran enfáticos al criticar la actitud de los trabajadores, quienes no habían sabido canalizar el descontento de la manera correcta. En este sentido, para los amigos de Cornejo los agricultores se encontraban «arrellanados en sus laureles de prepotencia de épocas pasadas, creídos aún que constituyen una casta privilegiada»¹³.

La toma del fundo La Puerta fue una de las tantas manifestaciones de la creciente tensión social en el campo chileno de los sesenta. Para las memorias colectivas e individuales, el principal factor que explica esta tensión es la reforma agraria. Con ella, las élites terratenientes se sintieron traicionadas por el gobierno de la DC y desplazadas de su espacio de sociabilidad, la hacienda, que les entregaba prestigio como clase social. Por ello, se produjeron diversos enfrentamientos de clase entre terratenientes y campesinos, como el caso de los amigos de Miguel Cornejo, quienes aludían a la identidad de la clase campesina en forma negativa.

Sin embargo, la reforma agraria no fue el único factor que incidió en la construcción de la crisis hacia fines de los sesenta en Chile¹⁴. En ella también ayudaron la epidemia de fiebre aftosa que afectó al ganado, el pulgón del trigo que mermó las cosechas del producto y las heladas que complicaron la producción agrícola. No obstante, uno de los eventos centrales que han pasado por alto los recuerdos de las personas que vivieron el periodo en cuestión es la sequía que afectó a la zona central durante 1968 y parte de 1969. Esta omisión puede explicarse a partir del carácter central que ocupa la reforma agraria en sus memorias o, quizás, debido a que una sequía no cuenta con algún hito representativo que permita fijar aquel recuerdo en las memorias individuales y colectivas. No obstante, la

¹³ «La toma del fundo La Puerta», *El Cóndor*, Santa Cruz, 6 de julio de 1968, 3.

¹⁴ Ciertamente, la crisis se extendió más allá del periodo analizado. En el gobierno de la UP, las expropiaciones continuaron y la violencia, tanto urbana como rural, se intensificó. No obstante, debido a los límites temporales de este trabajo, la crisis se ha señalado para el periodo 1968-1969, lo que no quiere decir que sea exclusiva de esos años.

sequía tuvo implicancias tan profundas en el desarrollo nacional que el presidente Frei la denominó un «terremoto silencioso»¹⁵.

Como ya hemos señalado, una sequía tiene un componente humano fundamental, ya que afecta a las comunidades de manera directa. Con la sequía, la agricultura de la zona central se vio socavada. La producción vitícola de la provincia de Colchagua, que define la identidad de la zona, se vio reducida al mínimo y, en algunos casos, totalmente destruida. Así fue como miles de campesinos debieron buscar nuevos trabajos, modificando su condición laboral y pasando a ser obreros, muchas veces sin remuneración. En palabras de Mike Davis, sufrieron un proceso de «semiproletarización», en tanto seguían viviendo en el campo, pero su subsistencia ya no dependía de la tierra.

Otra arista del componente humano de una sequía es la agencia de las personas, tanto en la mitigación de sus efectos como en la agudización de sus consecuencias. De esta manera, las poblaciones rurales del Chile de los sesenta hicieron notar su molestia ante la escasa intervención estatal para paliar los efectos de la sequía. El malestar se incrementó por las expectativas que la sociedad tenía respecto a un Estado que a lo largo del siglo XX se encontraba en expansión y que, supuestamente, debía velar por el bienestar de la población.

Pero la molestia no se dirigió exclusivamente hacia el Estado: con la sequía, los conflictos de clase se vieron intensificados. En Colchagua, la menor producción vitícola estrechó el sustento familiar. Ante la incertidumbre por la propia subsistencia, las tomas de fundos proliferaron en el campo chileno de los sesenta. Ello se entrelazó con las expropiaciones de tierra de la reforma agraria y los resentimientos que esta suscitaba, contribuyendo a la formación de dos bandos «antagónicos» en el imaginario de hombres y mujeres del periodo: terratenientes y campesinos¹⁶. Dicho imaginario se mantendría en la memoria de los chilenos con proyecciones visibles hasta el día de hoy, como revisamos en las entrevistas a la señora Celia, la señora Alejandra y el señor Francisco.

Con todo lo anterior, hacia fines de los sesenta, los colchaguinos creían que se estaban enfrentando a las «siete plagas de Egipto». Al parecer, la crisis era generalizada.

¹⁵ Dicha expresión explica el título de este artículo. Cristián Gazmuri et. al., *Eduardo Frei Montalva...*, op. cit., 93.

¹⁶ Aunque, como hemos señalado, la dicotomía no era tan radical.

No obstante, hay que tener en cuenta que una crisis nace a partir de una construcción discursiva. En este sentido, es innegable que la sequía existió, a la par de todos los desastres que se registraron en el campo chileno de los sesenta. Pero, para hablar de una «crisis» propiamente tal, es necesario que determinados actores la incorporen en sus discursos. En este sentido, las personas deben edificar un relato en el que el caos sea latente y se oriente hacia el abismo.

La idea de una crisis está presente en las memorias individuales y colectivas surgidas a partir de la experiencia. Si la gente reconoce una crisis en el campo chileno de los sesenta, ello se debe a que sus experiencias lo permiten. Por lo mismo, se debe tener presente que «la experiencia [es] siempre una categoría construida que [contiene] dentro de sí los residuos ideológicos del contexto discursivo en que [ha] surgido»¹⁷. De manera que, a la hora de analizar una crisis, debemos considerar bajo qué contexto fue elaborada para identificar sus «residuos ideológicos».

Ciertamente, la sequía fue una realidad, y la contracción agraria también lo fue. Sin embargo, los factores de desequilibrio que llevaron a hablar de las siete plagas de Egipto en Colchagua pueden haber sido exagerados. En un periodo en que los campesinos se encontraban en pleno empoderamiento de sus derechos, adquiriendo tierras y fortaleciendo su capacidad organizativa, y en el que las élites se vieron despojadas de sus fundos y, con ello, de su identidad de clase, la cuestión pareciera despejarse. La crisis en el campo chileno de los sesenta fue una construcción discursiva por parte de los terratenientes ante el miedo de perder su poder oligárquico, más aún en una zona donde poseían una hegemonía histórica como lo era Colchagua.

A pesar de las precauciones que se deben tener a la hora de analizar esta crisis, en la cual es posible que sus factores se hayan exagerado por parte de los hacendados, la sequía sí complicó la situación a fines de los sesenta en Chile. La escasez de agua en todas las sociedades genera problemas, porque existen distintas disponibilidades de dicho recurso. Más que hidrológico, ambiental o climático, el uso del agua es cultural, político, económico y social¹⁸. Como no todas las regiones del mundo poseen el mismo acceso al agua, las limitaciones físicas de su disponibilidad

¹⁷ Joan Scott en Martin Jay, *Cantos de experiencia, Variaciones modernas sobre un tema universal*, Buenos Aires, Paidós, 2009, 286.

¹⁸ Carey, *op. cit.*, 287.

importan¹⁹. Por esto, cuando ocurrió la sequía de 1968-1969 en la zona central de Chile, las consecuencias no fueron solo económicas o en términos de producción agrícola, sino que también fueron políticas, sociales y culturales: ante las pérdidas en la producción vinícola y los cambios en los regímenes de trabajo, se modificó la identidad colchaguina. A su vez, con los desajustes materiales, la escasa ayuda estatal y la incertidumbre por la propia subsistencia, la sociedad agraria tradicional de Colchagua se modificó. Los crecientes enfrentamientos entre los actores del campo chileno hicieron que se rompiera el tejido social. Por todo esto, exagerada o no, la sequía de 1968-1969 constituyó una crisis, pues, en el contexto de una creciente polarización nacional, contribuyó a la destrucción de la armonía de las relaciones sociales.

¹⁹ *Idem.*